

lee que el *Saint-Geran*, barco de la compañía de Indias, de 600 toneladas de porte, había salido de Lorient el 24 de marzo de 1744 con destino á la isla de Francia. Llevaba á bordo como pasajeros á los Sres. Villarmois, Guinée, de Belval, ingeniero, Gresle, de Brenhan, Dromar, de Saumur, y á las Srtas Caillou y Mallet, y como oficiales, al Sr. de La Mare, comandante, Malles, primer teniente, á Geramont, segundo teniente, á Longchamp de Maintendre, primer alférez de navío, á Lair, segundo alférez y escribiente y al caballero Boëtte alférez supernumerario. Después de una travesía de cinco meses, llegó el 17 de agosto hacia las 4 de la tarde á vista de la isla. El cielo estaba magnífico y nada hacia presagiar la catástrofe. El Sr. de La Mare cometió la imprudencia de confiar la dirección del barco á sus tenientes que maniobraron tan mal que el *Saint-Geran* tocó en las rocas y quedó tendido de costado. En aquel momento se vió atacado por las violentas olas de una fuerte marea y su situación se hizo crítica. La yola cayó sobre el puente y se rompió; la chalupa y canoa quedaron desfondadas. Una balsa que se echó al mar se hundió con setenta desgraciados que se habían instalado en ella. La noche transcurrió en medio de la mayor angustia. El Sr. de La Mare llamó al capellán que hizo un voto á *Nuestra Señora d'Auray* y entonó el *Ave Maris Stella* y el *Salve Regina*. Los hombres de la tripulación, conmovidos hasta derramar llanto, se abrazaron unos á otros; Edme Carret, patrón de la chalupa, suplicó al comandante que se desnudase, pero el Sr. de la Mare se negó á ello, diciendo « que no convenía á la decencia de su condición llegar á tierra desnudo, y que tenía en el bolsillo papeles de que no debía separarse ». ¿Dirigió la misma súplica el Sr. de Longchamp de Maintendre á la Srta. Caillou? Se presume, pues se le vió abrazado á las rodillas de la joven implorándola y esforzándose por despojarla de sus vestidos, al mismo tiempo que la arrastraba hacia el mar, mientras que su camarada el Sr. de Geramont trataba de salvar á la Srta. Mallet. El Sr. de Maintendre se precipitó solo al mar; luego, volvió á subir á bordo y renovó su tentativa. Fué la última escena que pudieron observar los supervivientes del *Saint-Geran*.

Tal es el drama que suministró á Bernardino de Saint-Pierre, la catástrofe final de su novela; todo lo demás es ficción.

Las jóvenes del siglo XVIII, si fueron muy ignorantes, solían ser buenas, compasivas, y encantadoras por su dulzura y su pureza. Desde este punto de vista parecen revivir todas ellas en el tipo inmortal trazado por Bernardino de Saint-Pierre que ha reunido todas sus gracias y todas las cualidades exquisitas de su buen corazón en esta joven, idealmente graciosa y dulce, verdadera doncella de su época, ignorante tal vez, pero buena y altiva y moralmente hermosa; esta Virginia que se llevó consigo, en el naufragio de sus esperanzas, las tradiciones del siglo XVIII, en que predominaban más los sentimientos que el saber, ema-

nación conmovedora de los corazones cuya voz dominaba los débiles acentos de la inteligencia femenina.

En los *Estudios*, las *Harmonías*, y en *Virginia*, Bernardino de Saint-Pierre ha expresado con la mayor felicidad é intensidad un sentimiento relativamente joven en la historia de la expresión artística: el sentimiento de la naturaleza, es decir la impresión que recibe el artista ante el espectáculo del universo sensible y pintoresco: el mar, los lagos, los bosques, las montañas, los prados, los jardines, los sitios rústicos, el cielo estrellado. Este sentimiento no es natural, sino adquirido, puesto que se ha podido vivir largo tiempo sin él. Los salvajes, que están en situación más á propósito para percibir sus goces, no parecen conocerlo. Homero, Hesíodo, Teócrito y Virgilio son, en la antigüedad, los únicos que parecen haberlo sospechado. Las gentes de la edad media que habitaban en castillos maravillosamente situados en las alturas, dominando bosques, ríos y valles, hicieron las cruzadas, atravesaron los Alpes, la Italia, el Mediterráneo y la Grecia, cruzaron el Oriente y el Egipto y sólo trajeron de tantos viajes algunos cocodrilos que fueron colgados en la Giralda de Sevilla ó en Santa Valdruda en Mons. Su poesía descriptiva es pesada, ficticia y de pura escuela. Esta indiferencia se mantuvo durante mucho tiempo. Si Montaigne recuerda la catarata del Rin en Schaffhouse, es para lamentarse de que impida la navegación. La *Astrea* apenas tiene color local. Descartes recorrió la Europa sin ver nada. Pascal sólo llegó á escuchar « el silencio de esos espacios infinitos ». En Racine hay una oda á Port-Royal que es pintoresco y un verso:

Dieux! que ne suis-je assise à l'ombre des forêts!

Molière tiene también un verso.

La campagne à présent n'est pas beaucoup fleurie!

Boileau compadeció á los nogales « maltratados por los transeuntes ». Sólo La Fontaine forma excepción en esto de la indiferencia general. Fenelón no describió sino paisajes de fantasía, y el mismo Lesage, cuando conduce á sus héroes á Méjico, describe muy poco. Son todos gente de gabinete y de interior á quien no enseñó nada San Francisco de Asís³.

Voltaire y, sobre todo, Juan Jacobo Rousseau (léanse sus *Divagaciones*

1. ¡Dioses! ¿Quién estuviera del bosque allá en la sombra!

2. ¡El campo no se encuentra muy florido al presente!

3. En nuestros poetas y prosistas del siglo de oro, como Garcilaso, en sus églogas, Luis de León en sus odas y en sus *Nombres de Cristo*, Granada, Lope, y sobre todo, Cervantes, se nota más el amor á la naturaleza y al campo.

(N. del T.)

de un paseante solitario) sintieron de otra manera y, puede decirse en general que el siglo XVIII conoció y expresó este nuevo sentimiento, la admiración de la naturaleza. Inclínole á ello el espíritu filosófico, crítico y racionalista, pues las primeras relaciones del hombre con el mundo exterior las estableció la observación científica. Buffon halló su expresión más noble. Rousseau tomó del paisaje uno de los elementos de su emoción. Su aversión á la sociedad la echó en brazos de la naturaleza. Su sensibilidad, que rechazó á los seres humanos, se desbordó sobre las cosas. De aquí nació el realismo. Pero si tardó en manifestarse, esta lentitud provino de la timidez de los descriptivos que hicieron de la descripción un juguete literario, un empeño de distinción exagerada en los más humildes asuntos. Llamáronse Saint-Lambert, Esménard, Chénédollé, Roucher, Le Mierre y Delille. Olvidaron la emoción é hicieron trabajos de ebanistería. Rousseau agregó á esto el lirismo.

Nótese la diferencia entre la cualidad de este sentimiento en otro tiempo y hoy día. Los imitadores de Rousseau, á ejemplo de su maestro reconocido ó no, proyectaron su alma sobre el mundo, se la prestaron y pusieron al universo en conformidad con sus sentimientos. En las novelas de la primera mitad del siglo XIX los crímenes se perpetran en noches borrascosas, mientras que las bodas exigen una fresca mañana de abril. Para documentar todos los retratos de mujeres en las que simbolizaban la gracia, echaron mano de las estrellas, de las flores, del coral, y del alabastro, del nácar, de las azucenas, de las rosas y de la nieve.

Hoy día no es el hombre el que presta su alma á la naturaleza, sino que reconoce y saluda el alma de la misma, atribuyéndole vida propia. La humanidad es un accidente en la vida universal en el gran todo que forman los mundos, y que nos es dado conocer para adquirir las nociones del orden, de la armonía y de la belleza. Es como un neopanteísmo.

Bernardino de Saint-Pierre tuvo la intuición de ello, pero toda la gloria de la armonía de la naturaleza, la refería á algo más alto que la naturaleza misma: daba gracias por ella al Creador¹.

Pasar de Bernardino á Berquin, no es ir muy lejos. Es abandonar la virtud por la inocencia.

Cierto día del año 1784, una callejuela del barrio de Montmartre en París presentaba un curioso espectáculo. Bajo las ventanas de una fon-

1. Bernardino de Saint-Pierre fue el padre espiritual de Chateaubriand. *Pablo y Virginia* dió, en parte, origen á *Atala*, y *Los estudios de la naturaleza al Genio del Cristianismo*.

(N. del T.)

da de aspecto tranquilo, cubría el pavimento una espesa capa de paja, como se hace cuando hay un enfermo de importancia. Eran unos niños los que se ocupaban en este trabajo, y á ambos extremos de la calle, había otros niños de centinela. Cuando se presentaba un coche, se precipitaban á su encuentro y suplicaban al cochero que echase por otra calle: « ¡Por favor! decían, no hagáis ruido; ¡nuestro amigo está muy enfermo y nos tiene muy inquietos! »

Los conductores preguntaban quién era el gran personaje cuya enfermedad causaba tal ansiedad. « ¡Cómo! ¿No conocéis al Amigo de los niños, al bueno del Sr. Berquin? »

El Amigo de los Niños: tal es el nombre con que debe honrarse á Arnaud Berquin. Hoy día nadie pensaría en él si hubiera seguido cultivando su primer género.

Nacido en Langoiran, en el Bordelés en 1749, de excelente familia burguesa cuyos diversos miembros figuraron en el foro y en el ejército, pasó Berquin sus primeros años en Burdeos, donde trabó estrechas relaciones con su compatriota y vecino Garat. No tardó en abandonar, como muchos otros, á su amigo y su provincia para trasladarse á París. Sus principios fueron felices.

Era la época en que se hallaba en todo su apogeo la poesía pastoral de Gessner. Poetas de muy escaso valer, como Leonard, habían sabido crearse un nombre, imitando libremente los poemas del dulce alemán. Berquin publicó en 1774 (aun no tenía veinticinco años), un volumen de *Idilios* y el año siguiente una segunda colección.

De las veinticuatro poesías que forman la colección completa, trece son imitaciones de Gessner, dos de Gerstemberg y Wieland y otras tres del italiano. Lo único que puso Berquin en este primer libro fué la fácil ligereza del verso y la ciencia de los detalles pintorescos. Por lo demás supo conservar la candidez artificial del autor alemán. Á veces tiene versos llenos y armoniosos como los que pone en boca del *Senador convertido en pastor*.

Hay que notar también, como un presagio, las dos piezas consagradas á la infancia: *El pastorcillo benéfico* y *los Niñitos*. Hay en ambas, sin duda, rebuscamiento; pero á veces se notan detalles exactos, como en la pintura de los dos niños Mirtilo y Cloe, cuando acuden á pedir al dios de los pastores la salud de su padre.

Il jouait avec moi,

Lorsque ce mal cruel vint attaquer sa vie.

J'étais sur ses genoux. D'une voix affaiblie :

« Ma fille, me dit-il, ma fille, lève-toi ;

Je me sens mal, très mal. » Une sueur soudaine

Couvrit son visage, il pâlit ;

Il me remit à terre, et faible, sans haleine,

Malgré tous mes secours, il eut bien de la peine
A traîner ses pas vers son lit¹.

El lenguaje de nuestro poeta adquiere además cierto aire infantil con la imitación, entonces muy á la moda, de Marot.

Los *Idilios* hicieron célebre el nombre de Berquin; cuando se representó en la ópera la escena lírica de J. J. Rousseau, *Pigmalion*, él fué el encargado de poner en verso la prosa del filósofo ginebrino. Publicó una edición de lujo con un frontispicio y seis viñetas de Moreau el joven. Unió á esta edición su décimoquinto idilio, la *Esperanza*, que es un curioso panegirico de Turgot, y la única manifestación política de Berquin.

Después de pasar una breve temporada en Inglaterra de donde trajo « los cuadros ingleses, escogidos en diversas galerías, traducidos libremente de las mejores revistas y publicados en Inglaterra ». (La obra apareció simultáneamente en Londres y en París en 1775.) Berquin continuó su carrera poética, y al año siguiente publicó su lindo volumen de *Romanzas*.

Nos es muy difícil comprender hoy el entusiasmo que excitó á su aparición esta ligera obrita adornada con seis viñetas y un frontispicio de Marillier. De las seis romanzas que contiene, las mejores valen muy poca cosa.

Pero los *Lamentos de una mujer abandonada por su amante, junto á la cuna de su hijo*, tuvieron la mayor boga. El *Almanaque de las Musas de 1777* los reprodujo, y toda Francia repitió el estribillo:

Dors, mon enfant, clos ta paupière;
Tes cris me déchirent le cœur:
Dors, mon enfant; ta pauvre mère
A bien assez de sa douleur².

La *Inocencia reconocida*, conmovió igualmente á las almas sensibles porque narraba las desgracias de Genoveva de Brabante y obtuvo un éxito duradero: aun pueden leerse sus coplas bajo las estampas en colores grabadas durante la Restauración por Agustín Legrand.

Así, pues, el afortunado Berquin había sabido conquistar, casi desde

- | | | |
|----|---|---|
| 1. | Jugando estaba conmigo
Cuando ese mal tan cruel
Á atacar su vida vino.
Teníame en sus rodillas
Y con débil voz me dijo:
Levántate, hija querida, | Muy mal estoy. — Repentino
Sudor cubrió su semblante;
Palideció de improviso;
Me echó al suelo y sin aliento,
Débil, no obstante mi auxilio,
Llegar hasta el lecho pudo
Con paso incierto y remiso. |
| 2. | Duerme, hijito, tus párpados entorna;
Tu llanto me desgarró el corazón;
Duerme, hijo mío, pues tu pobre madre
Bastante tiene ya con su dolor. | |

sus principios, una notoriedad muy honrosa, y sin embargo no iba á tardar en abandonar la romanza por el género que le ha conquistado más segura reputación. La dulzura de su carácter le inclinó hacia la literatura infantil¹.

El *discurso acerca de la Romanza* que publicó á la cabeza de su volumen en 1776, contiene ya un pasaje significativo.

Como la romanza, tal cual yo la concibo, mantiene en las familias una agradable correspondencia entre los esposos y entre los padres y los hijos, puede conservar en ella la afición á la inocencia y á la sencillez. Partiendo de esta consideración acerca de la utilidad de la romanza, he pensado en extenderla algún día á dos clases de personas demasiado desdeñadas hasta hoy por nuestros poetas: me refiero á las jóvenes y á los niños.

En verdad la nueva colección de sus romanzas, considerablemente modificada y aumentada, que hizo aparecer en 1788, no realiza semejante promesa, aunque contiene un poema sobre *La Cuna*, consagrado al niño, en el que toca discretamente ciertas ideas que más tarde debía tratar Víctor Hugo.

Gracias á la práctica de la literatura extranjera, halló su camino definitivo.

Cristián Felix Weisse se había dado á conocer en Alemania como autor dramático, principalmente por sus adaptaciones de Shakespeare. Se casó ya tarde, fué padre y los cantos de la nodriza de su hijo le inspiraron la idea de escribir para la infancia. Publicó, en 1766, una colección que gustó mucho. Se consagró desde entonces por completo á la literatura infantil y escribió cuentecitos muy estimados para el *Abece-dario* ilustrado de Basedow. Un autor llamado Adelung había publicado durante algunos años un periódico semanal en beneficio de los niños indigentes de la ciudad de Werdau. Dejó de aparecer en 1774 y Weisse, solicitado por el editor, lo continuó con el nombre de *Amigo de los Niños*. Esta colección se componía de pequeños dramas variados, capaces de interesar á la infancia; los actores eran hermanos, primos y amigos. La obra tuvo el mayor éxito en Alemania y no se agotó dicho éxito en diez años de publicación, pues Weisse pudo publicar de 1784 á 1792 una *Continuación del Amigo de los Niños* que tuvo numerosos lectores y fué traducida en francés por Lachaise. De esta suerte encontraba Berquin á la vez el marco, la forma y con frecuencia hasta el fondo y el título de la publicación que iba á formar su gloria. *El Amigo de los niños* empezó en París en 1782 y siguió saliendo regularmente todos los meses en cuadernitos, durante dos años. Fué un verdadero periódico

1. En mi libro *Por la Cultura, y por la Raza*, en el capítulo de la *Literatura Infantil*, se citan las obras de Berquin y su influencia educativa. (N. del T.)

que tenía sus subscriptores; Berquin fué á la vez el único redactor y el propietario. Cada número contenía cuentos, anécdotas y por lo menos un dramita en que los actores eran niños. Desde el principio, circularon de mano en mano los volúmenes y no tardaron todos los niños en reclamar el periódico; de París se extendió la moda á provincias y por todas partes se hicieron populares el nombre de Berquin y el de *Amigo de los Niños*: el título de la obra pareció convenir al autor.

En 1784 reunió Berquin todo lo que había publicado en un volumen cuya venta fué próspera y que inmediatamente fué premiado por la Academia. Bouilly, que habitaba en el mismo hotel que Berquin y se había apegado á él con todo el entusiasmo de los veinte años, no ha conservado este recuerdo:

Cierto día en que conversábamos bajo el follaje, él acerca de las nuevas producciones que meditaba, y yo acerca del ardiente deseo que experimentaba de imitarle, llegó su amigo Guinguéné, casi sin aliento, y le anunció que la Academia Francesa acababa de concederle el premio de *utilidad*. Berquin, que no había solicitado de ningún modo aquel triunfo, no pudo menos de sentirse lisonjeado á pesar de su modestia. Su rostro, de expresión dulce y penetrante, se coloreó con ese vivo rubor que produce la emoción; y declaró sin rodeos que aquel premio, libremente concedido, lo estimaba tanto más, cuanto que creía haberlo merecido.

Se hallaba Berquin entonces en el apogeo de su reputación. La prosperidad del *Amigo de los Niños* le había procurado un honrado pasar que bastaba para satisfacer sus gustos modestos. En el jardín del apacible hotel que habitaba y que se hallaba separado por una tapia del vasto hotel de un duque y par de Francia, complaciase en alternar como camarada en los juegos de los niños del barrio á los que de esta suerte podía observar. Cuando salía, saludábanle á su paso aclamaciones juveniles y el grito de « ¡Ahí viene nuestro Amigo! » hacia acudir á los muchachos. No era menos estimado de todos sus vecinos. Entonces pensó en traer á su lado á su madre, y le costó bastante trabajo decidirla. Hizo preparar cuidadosamente para ella un cuarto exactamente parecido al que ocupaba en Burdeos. « No descuidó ningún detalle, ni el tapiz de punto de Hungría, ni los viejos jarrones de porcelana del Japón, ni el Cristo de marfil sobre fondo de terciopelo negro, ni la pequeña biblioteca llena de libros de devoción y coronada por una rama de boj bendito, ni la cama en forma de tumba, ni la cómoda en forma de góndola, ni siquiera las pantallas con mango de ébano que representaban las *Indias Galantes* y las *Fiestas de Hebe*. » Tantos cuidados fueron inútiles, pues en el momento fijado para su partida, cayó enferma su anciana madre y murió pocos días después.

El dolor de Berquin fué tan grande que le produjo una fiebre ma-

ligna. El célebre des Essarts, llamado el Médico de los niños, no se atrevía á responder de su vida. Fué una consternación general en Montmartre entre los amiguitos del escritor. Ya he dicho las pruebas de solicitud que dieron entonces. El séptimo día fué el de la crisis, y des Essarts tuvo que pasar la noche á la cabecera de Berquin.

Reinaba en el hotel el más profundo silencio; todos los niños de la vecindad se habían distribuido sus puestos y formaban tres grupos diferentes. El primero se hallaba á la puerta del cuarto del enfermo, con el oído atento, casi sin respirar, esperando la menor noticia que transmitía inmediatamente en voz baja á otro grupo apostado en el jardín al pie de la escalera. Este comunicaba la noticia de la misma manera á un tercer grupo situado en la puerta de la calle y que en el mismo instante corría á difundir, por los alrededores, la esperanza ó el temor, el dolor ó la alegría.

Berquin se salvó, pero tuvo una convalecencia larga y penosa. Habiendo sabido por el médico que las flores y la música eran á propósito para combatir la melancolía, los niños compraron flores á escote y alquilaron tres organillos para que tocasen bajo sus ventanas. Berquin les agradeció la intención que le hizo sonreír por vez primera después de su duelo. Tuvo felizmente música mejor; las tres hijas del duque, su vecino, puestas al corriente del suceso por des Essarts, colocaron junto á la pared medianera una harpa y un piano, y por la noche iban á tocar y cantar los idilios y romanzas de Berquin. Cuando el poeta, restablecido, pudo dar las gracias á sus tres bienhechoras, les prometió: « consagrar también sus vigiliás á la adolescencia que se había convertido en su acreedora ». Este fué el origen del *Amigo de la Adolescencia* que no tardó en continuar y completar *El Amigo de los Niños*.

No parece haber sido la invención el fuerte de Berquin. Cuando terminó la serie de sus primeras publicaciones infantiles, para la que se había inspirado en Weisse, recurrió á la traducción libre y á la adaptación de obras extranjeras; pero abandonó á Alemania por Inglaterra. En primer término trasladó al francés la *Introducción familiar al estudio de la naturaleza* de Miss Trimmer. Esta obra era demasiado árida para los niños á quienes Berquin había acostumbrado al atractivo de sus cuentos y de sus dramitas. Él mismo lo comprendió y empezó la traducción de *Sandford y Merton* de Thomas Day.

Era el tal Day un hombre singular. Espíritu cultivado, y antiguo alumno de Oxford se había hecho recibir abogado en Londres; pero había estudiado mucho más las obras de Rousseau que el procedimiento inglés. Cierta día en que le decía uno de sus amigos: « Mira, aplasta esa araña. — No, dijo él, no tengo derecho á ello ». Si algún ser superior dijese á su semejante: Mata á ese abogado ¿qué pensarías

tú del caso? Y sin embargo un hombre de ley es más perjudicial para muchas personas que una araña.»

No es extraño que no quisiese nunca pleitear.

Tenía el corazón sensible y se enamoraba sucesivamente de todas las jóvenes que conocía. Primeramente se enamoró de la hermana de su amigo Edgeworth, pero, al cabo de un año de noviazgo, comprendieron ambos que había incompatibilidad absoluta entre una joven de la buena sociedad y un filósofo á quien sus principios le prohibían peñarse. Resolvió entonces escoger una esposa digna de un pensador, y se dirigió en derechura á una escuela de caridad, donde escogió á dos huérfanas, una morena y otra rubia, á las que hizo educar á sus expensas y según sus ideas. La experiencia no resultó muy feliz: la primera se mostró tan limitada de luces que hubo que colocarla en casa de una modista, y la segunda, después de haber inspirado algunas esperanzas, resultó decididamente muy inferior á lo que se esperaba de ella; es verdad que había sido sometida á una disciplina muy dura. Las malas lenguas afirmaban que para poner á prueba su firmeza de alma, Day le tiraba pistolezos sin bala y la echaba lacre ardiendo sobre los brazos.

Este doble fracaso no desalentó á nuestro filósofo que se enamoró de Honora Sneyd. Habiéndole dado ella calabazas, pidió la mano de su hermana menor Isabel; ésta, más coqueta, parecía vacilar. Para conquistarla Tomas Day se resignó á infringir sus rigurosos principios: durante todo un invierno aprendió en París el baile y la esgrima. Era tal su ardor que se ataba las piernas entre dos tablas para tenerlas más derechas. Desgraciadamente, cuando volvió á Londres, la ingrata Isabel le dió también calabazas. El pobre Day, cruelmente desilusionado, se lanzó por completo á la literatura y emprendió una campaña en favor de las colonias americanas sublevadas contra Inglaterra.

Sin embargo, hubo una joven muy rica que se enamoró de él y quiso tenerle por marido. Por un escrúpulo que le honra, aceptó Day con la condición de que la fortuna de su esposa estuviese á la completa disposición de ésta, para que pudiese separarse de él con toda libertad si no podía someterse á la condición de mujer de un filósofo. En cambio, la trató sin ninguna consideración y le impuso una existencia tan ruda como la suya; le hacía andar por la nieve, en invierno y le negaba una criada y hasta un arpa. «No tenemos derecho al lujo, decía, cuando á los pobres les falta pan». Por otra parte, cada día iba siendo más original. Cuando, hastiado de la política, resolvió retirarse al campo, se hizo construir una casa cuyos muros mandó levantar primero sin ninguna abertura, reservándose abrir en ellos después las puertas y ventanas según su capricho, por una extravagancia semejante á la que atribuyó más tarde Hoffmann á uno de los héroes de sus cuentos.

En sus tentativas de explotación agrícola, Day sólo encontró fraca-

los y disgustos; hizo mucho bien en torno suyo y los aldeanos le pagaron con la desconfianza y la hostilidad. Se consoló escribiendo la historia de *Sandford y Merton* en donde formuló su ideal de educación, oponiendo la sencillez honrada y animosa del joven Enrique Sandford, hijo de un colono, á la pereza egoísta de su condiscípulo el pequeño *gentleman*. La primera parte, única que tradujo Berquin, se publicó en 1786 y la última en 1789, poco antes de la muerte del autor, la cual estuvo en completa armonía con su vida entera. Teniendo por principio que la dulzura puede amansar á cualquier animal, montó un día un caballo no domado, que le tiró al suelo y le rompió el cráneo.

Berquin había prometido á sus lectores la continuación de *Sandford y Merton*, cuando la publicase el autor inglés; pero no cumplió jamás esta promesa.

Entre tanto, tradujo además una novela infantil inglesa, *El Niño Grandisson* (1787). Fué la última obra de este género que dió á luz: los acontecimientos políticos no iban á tardar en excitar violentamente la atención de todos hasta de los más tímidos.

Según ya hemos dicho, Berquin saludó alegremente, en 1775, el advenimiento del ministerio reformador de Turgot. Acogió con igual alegría los principios de la Revolución y los primeros actos de la Constituyente; pero, habiendo adquirido prudencia con los años, evitó cuidadosamente mezclar su nombre en ninguna manifestación pública. Fué uno de los primeros redactores del *Monitor* bajo el velo del anónimo. En 1590, su amigo Guinguéné le impulsó á colaborar en la *Famille villageoise*, periódico de instrucción y de educación política, destinado á difundir en los campos los principios del partido constitucional. Con Rabaut Saint-Etienne (que se separó al cabo de un año) lo dirigían Cerutti y Grouvelle, no sin éxito al principio. Por desgracia, la fuga de Varennes con la terrible resonancia que tuvo en la opinión pública, echó por tierra bruscamente la popularidad del partido y arruinó al librero Desenne, cuya quiebra estuvo á punto de producir la desaparición del periódico. En esta ocasión el mismo Berquin se vió envuelto en la impopularidad de sus amigos: el barrio de Montmartre se enfrió con respecto á aquel cómplice de los aristócratas, y varios de sus amiguitos dejaron de saludarle, por orden de sus padres. El alma tierna del cuentista sufrió cruelmente. Tuvo, sin embargo, el placer de recibir un último testimonio de confianza: á propuesta de la sección San José, fué indicado para ser nombrado institutor del joven Delfín, á cuyo lado quería colocar la asamblea un hombre encargado de educarle en las ideas nuevas. Berquin se sintió á la vez conmovido y asustado con semejante designación: «¡Estoy perdido, dijo á su fiel Bouilly, porque seguramente cobraré cariño á este augusto niño!» Abstúvose cuidadosamente de todo paso, dejó que el nombramiento oficial recayese en otro; pero una vez libre

de su temor, en virtud de una contradicción familiar en los espíritus tímidos, mostró cierto pesar por no haber sido escogido. Murió dulcemente, el 21 de diciembre de 1791, bastante á tiempo para no ver empezar de nuevo, más terrible y sangrienta, la Revolución que había creído terminada.

Berquin merece retener un momento la atención por su *Amigo de los Niños* que creó un género nuevo. Pero ¿cuál es exactamente la parte que en realidad le corresponde? Únicamente una comparación muy seria con las obras de Weisse podría suministrar los elementos de la respuesta; pero aun así habría que asegurarse de si el autor francés no tomó otras cosas de la literatura infantil inglesa. La tarea sería inmensa para obtener un resultado insignificante, y nadie ha pensado hasta ahora en llevarla á cabo.

No hay nada más insignificante que el asunto de un drama ó de un cuento de Berquin; puede resumirse en algunas líneas. Tomemos, por ejemplo, *el Pequeño violinista*: Un saboyanito se ve ajustado para hacer bailar á algunos niños ricos; es bien recibido y le llenan de pastelillos y de monedas para su anciano padre; el hijo de la casa, que es un pícaro de mal género, le roba, le pega y le rompe el violín; en esto sobreviene el padre que llena de caricias á los niños buenos y castiga severamente al malo. No puede darse sencillez más ingenua. Por eso el interés no reside en la intriga, sino en los detalles: la pereza del niño Carlos que hace que su primo Saint-Firmin le haga una versión de seis líneas; su grosería con los invitados de su hermana, su golosina, su egoísmo; y, en oposición con esto, el buen humor y la complacencia de Saint-Firmin; la cortesía de las señoritas y su buen corazón, así como la honradez y el candor del saboyanito; esto es lo que da al drama interés y vida.

Lo mismo sucede con los demás. Un niño malo ha robado la perrita de sus amigos; pero al mismo tiempo pierde una sortija de gran precio que le había confiado su padre. Los amigos encuentran la sortija y se la devuelven, aunque tienen sospechas de él; movido por su generosidad, confiesa su falta, devuelve la perrita y se propone enmendarse: éste es el asunto de la *Perrita y la sortija*. La niña Emilia, cuya madre se ha arruinado, quiere ir á espigar en las tierras del señor que vive junto á su casa: es reñida y maltratada por un guardabosque brutal que la llama ladrona de espigas: los niños del castillo se interesan por la *pequeña espigadora* á quien el padre de éstos reconoce al fin por hija de uno de sus compañeros de armas, y en consecuencia, la adopta. — He aquí otro asunto: El niño Fabián, desolado al ver que su padre se casa de nuevo, y mal predipuesto en contra de su madrastra, se ve obligado á darse cuenta de que es muy buena y muy digna de ser querida; tal es el asunto de la *Escuela de las Madrastras*. — Por lo que

hace al pequeño drama *Los padres reconciliados por sus hijos*, el título solo basta.

Estos asuntos pertenecen á todas las épocas; pero hay algunos propios de la en que se escribieron, como por ejemplo, la *Espada*. Augusto d'Orval es un niño noble, insolente y vanidoso; el placer de haber recibido como regalo una espada le hace perder la cabeza y parece dispuesto á esgrimirla contra todos los plebeyos.

Felizmente su padre desconfía de sus arrebatos y, cuando el caballero quiere sacar la espada para herir á sus compañeros, sólo encuentra, á guisa de hoja, una larga pluma de pavo real, y hace que se rian de él. Hay que tener en cuenta que Berquin escribe para una sociedad en que la nobleza desempeña siempre papel importante; pero en que sus privilegios se ven ya discutidos y condenados por la opinión pública. De aquí procede también en *Amigos de los Adolescentes*, la insistencia con que estudia la vida del oficial joven, los peligros de la vida ociosa, de la pereza y del juego. La vida militar le inspira sucesivamente la *Licencia*, la *Escuela militar*, los *Oficiales jóvenes de guarnición*, etc. Mencionemos de paso, á consecuencia de uno de estos dramas, un *Coloquio sobre la guerra y la paz* ¹ en que Berquin predica la paz universal, y desearía emplear los ejércitos permanentes en las obras públicas.

En cuanto á los cuentos, no hay medio de analizarlos por su misma sencillez y brevedad. Hay que señalar únicamente de vez en cuando algunos versos insertos en ellos y en particular el *Nido de Currucas*, que es tal vez la obra maestra de Berquin como poeta; la muelle dulzura del verso y la afectación de los sentimientos se convierten aquí en una cualidad porque es precisamente lo que comprenden y estiman por instinto los niños.

El estilo tiene singulares disonancias debidas tal vez á sus modelos. En ocasiones sabe mostrarse sobrio y exacto, mas aún, pintoresco en los detalles según se ve en este cuadrito:

— Luisita había ido ya al campo con su padre. Había oído los primeros cantos de los pinzones y de los mirlos y había cogido las primeras violetas. Pero cambió el tiempo una vez más. Se levantó de pronto un furioso viento del norte que silbaba en el bosque y cubría los caminos de nieve. Luisita se metió tiritando en su cama, dando á Dios gracias por haberle dado un albergue tan dulce, tan suave, al abrigo de la intemperie.

Al día siguiente por la mañana cuando se levantó, todo estaba blanco. Había caído durante la noche tanta nieve que los transeuntes se hundían hasta la rodilla.

¹. Como se ve, no hay nada nuevo debajo del sol. Verdad es que nuestro Calderón, mucho antes que Berquin, puso en boca de un soldado:

Maten otros á los moros;

Que á mí no me han hecho na.

(N. del T.)